

El disenso común: polarización afectiva en América y Europa

Luis Remiro

lmremiro94@gmail.com

Universitat de Barcelona

Abstract

El desarrollo pronunciado de sentimientos de animosidad entre grupos contrarios ha hecho de la cooperación una estrategia (casi) no deseada. Lo más preocupante de este fenómeno, al que algunos académicos han denominado “polarización afectiva” (Iyengar, Lelkes, Levendusky, Malhotra, & Westwood, 2019), es que se ha permeado desde las élites hacia las masas, generando efectos nocivos para la democracia y el capital social. A pesar de la proliferación de literatura sobre polarización afectiva en Estados Unidos (Hetherington & Rudolph, 2014; Iyengar, Lelkes, Levendusky, Malhotra, & Westwood, 2019), y Europa (Reiljan, 2020; Torcal, Santana, Carty, & Comellas, 2020), en América Latina, existen de pocos a ningún estudio que se dedique a medir o siquiera a comentar sobre polarización afectiva en una región altamente conflictiva e institucionalmente inestable. En este paper, utilizando el Comparative Study of Electoral Systems (CSES), realizo un estudio comparado de los niveles de polarización afectiva en 5 democracias de América Latina Estados Unidos, Canada y el sur de Europa y comento sobre una posible agenda de estudio de polarización afectiva y capital social en América Latina.

Palabras clave: Polarización afectiva; Confianza; Polarización.

Introducción

La política occidental se ha visto envuelta en los últimos años en un (casi) constante estado de conflicto. Y aunque el conflicto sea una parte “natural” de la dinámica política, parecía ser una arena reservada para las competiciones entre las élites. Sin embargo, parece que ese contexto de confrontación se ha diluido hasta colocar a la sociedad en un escenario de alta tensión. Estos sentimientos de aversión hacia los partidos contrarios es lo que se conoce como “polarización afectiva” (Iyengar, Lelkes, Levendusky, Malhotra, & Westwood, 2019).

Si bien la polarización ideológica tiene un componente movilizador que articula la competencia entre partidos y permite al electorado discernir fácilmente entre las diferentes alternativas (Barber & McCarty, 2015), la polarización afectiva tiene un componente más emocional que puede acabar siendo nocivo. Si en la primera hablamos de contraposiciones inter-grupales separadas por una línea ideológica, la segunda se refiere más a divisiones trazadas alrededor de actitudes e identidades sociales (Fukuyama, 2018).

La polarización afectiva se ha convertido en una de las principales amenazas a la salud y calidad de las democracias modernas (Hernández, Anduiza, & Rico, 2021). Aunque inicialmente se pensaba que era un fenómeno importante únicamente en Estados Unidos (Hetherington & Rudolph, 2014), pero se ha demostrado que está muy presente en una parte significativa de países (Reiljan, 2020). En este trabajo me propongo a continuar explorando la presencia de este fenómeno a través de un análisis comparado, pero concentrando mi atención en América Latina, una región altamente conflictiva e institucionalmente inestable y donde, a pesar de la proliferación de literatura sobre polarización afectiva estos últimos años, poco se ha dedicado a mirar este fenómeno en la región.

Para ello me propongo a replicar el índice de polarización afectiva elaborado por Reiljan (2020), Gidreón et al (2019) y Iyengar et al. (2019) y para ello utilizaré el Comparative Study of Electoral Systems (CSES) conducido entre 1998 y 2016, pero centrándome solo en 5 democracias de América Latina, además de Estados Unidos, Canadá y el sur de Europa. Encontramos que los mayores índices de polarización afectiva no son en Estados Unidos sino en países de latinoamericanos y del sur de Europa.

El siguiente trabajo está dividido de la siguiente manera: en la primera parte me dedicare a dar un marco teórico sobre polarización y polarización afectiva y discutir sobre la transición de una polarización “virtuosa” a una “perniciosa”. Posteriormente comentaré sobre América Latina como campo de estudio. Luego comentaré sobre la elaboración del índice y, finalmente, comentaré los resultados y las conclusiones.

Teoría

Si bien la polarización es un fenómeno que ha sido ampliamente estudiado en la literatura en ciencia política (Esteban & Ray, 1999, 2008; Montalvo & Reynal-Querol, 2005), ha tomado mayor relevancia en el debate público estos últimos años. Ahora bien, a lo que estamos asistiendo en estos últimos años en muchas democracias no con las clásicas líneas que separan a partidos y candidatos, sino un conflicto basado fundamentalmente en identidades básicas que nos aleja de la posibilidad de llegar a acuerdos y soluciones concretas.

Esta separación es importante ya que no podemos decir que toda polarización es negativa no solo porque corremos el riesgo de caer en juicios normativos, sino que se ha comprobado que la polarización ideológica y la polarización, no solo conceptos distintos sino que su relación es endógena (Nuesser, Johnston, Modet, & Bodet, 2014).

Ante esta dicotomía normativa entre “polarización positiva” y “polarización negativa”, lo único que podemos es intentar aclarar conceptualmente el término. Cuando hablamos de polarización política, usualmente nos referimos a la línea divisoria que separa ideológicamente a los partidos políticos entre derechas e izquierdas (Botella Corral, 1984). Esta separación es el resultado de la interacción entre identidad intragrupal y la alienación intergrupal (Esteban & Ray, 1994), es decir, los miembros de un determinado grupo con valores, creencias y objetivos en común, sienten que, social o ideológicamente, están separados del resto y, por tanto, se concentran alrededor de un pequeño número de polos distantes. Estas distancias entre grupos acaban siendo positivas para el sistema político, en tanto articulan la competencia entre partidos, permiten al electorado discernir fácilmente entre diferentes opciones y elegir la que mejor se ajuste con sus preferencias a la hora de votar (Barber & McCarty, 2015).

Ahora ¿cómo se pasa de ser una herramienta de competición política entre adversarios en contextos plurales a ser un agente problemático para el funcionamiento democrático? La identificación grupal es natural al individuo e, instintivamente, los individuos piensan en ellos mismos como representantes de ciertos valores y características específicas (Iyengar et al., 2019). En esta conceptualización relacional, la polarización tiene la tendencia a extenderse desde el mundo partidista al ámbito de las relaciones sociales cotidianas en la sociedad, donde las sociedades se dividen en dos campos de “nosotros y ellos”.

El partidismo, entonces, se convierte en una identidad social, lo que induce a los votantes a ver a los partidarios de otros partidos como grupos externos, lo que lleva a comportamientos que han sido estudiados durante mucho tiempo por los psicólogos sociales: estereotipos, favoritismo dentro del grupo y sesgos negativo fuera del grupo. (Tajfel, Turner, Austin, & Worchel, 1979)

Estos sentimientos negativos hacia el contrario es lo que denominamos: polarización afectiva. Se refiere a la medida en que los ciudadanos sienten mayor negatividad hacia otros partidos que hacia los suyos (Iyengar et al. 2019) Es decir, que se crean sentimientos de aversión hacia el contrario y se fortalecen las identidades propias. Estudios apuntan su auge a la llegada de populistas al poder y la parcialización de los medios de comunicación (Levendusky, 2013), otros debido al ascenso de valores post-materialistas en la agenda pública (Inglehart, 2009) y su “amenaza” a las identidades culturales establecidas (Fukuyama, 2018).

Si bien ciertos niveles de polarización afectiva pueden alentar la movilización (Torcal, Santana, Carty, & Comellas, 2020), estudios han alertado sobre los peligros que representa la polarización afectiva para la democracia (Hernández et al., 2021; Kalmoe & Mason, 2019; Rudolph & Hetherington, 2021). Se ha demostrado que vicia la confianza interpersonal y en las instituciones de representación política (Hetherington, 2015) e incrementa el sesgo hacia la valoración de la gestión del gobierno (Iyengar et al., 2019). En casos extremos, cuando la identidad política alcanza a abarcar todos los ámbitos de la vida de las personas, se comienza a ver a los contrarios con desconfianza, sospecha o miedo, se deja de interactuar con ellos, incluso segregándose en sus vecindarios o relaciones sociales (McCoy & Somer, 2019). Incluso, se pueden llegar a generar conductas discriminatorias (Iyengar & Westwood, 2015) hacia militantes fuera del propio grupo o hasta violentas (Kalmoe & Mason, 2019).

En sistemas bipartidistas como el de Estados Unidos, la polarización afectiva tiene lugar entre dos campos partidistas claramente definidos (McCoy & Somer, 2019). Sin embargo, investigación reciente no solo ha logrado aplicar el concepto de polarización afectiva en contextos multipartidistas (Gidron et al., 2019; Torcal et al., 2020) sino han demostrado que en otros países fuera de Estados Unidos incluso se supera los rangos de polarización (Gidron et al., 2019). Ahora bien, como señala Hartevelt (2021), el principal desafío conceptual es dar cuenta de una configuración más complicada de posibles identidades políticas y, por tanto, identificar cómo se construye la figura de “enemigos”.

América Latina

Mientras que en Estados Unidos y otras democracias avanzadas el partidismo está bien establecido y, en algunos casos, puede llegar a ser intergeneracional, el apego a los partidos políticos es generalmente más débil en los países en desarrollo (Ames, García-Sánchez, & Smith, 2012). En América Latina, donde los niveles de alineación tienden a ser menores que en los países desarrollados (Carreras, Morgenstern, & Su, 2015), pero no están ausentes. La desafección política y la aparición de populismos de izquierda y derecha, a la movilizadado a más personas en torno a religión (con un papel especial para los evangélicos), educación o indígenas vs origen no indígena (Layton, Smith, Moseley, & Cohen, 2021)

Los actores políticos que comprenden el poder de las tácticas de polarización a menudo se basan en las divisiones existentes en una sociedad para enfatizar las diferencias y ayudar a construir coaliciones políticamente ganadoras (McCoy & Somer, 2019). Las identidades sociales son comúnmente explotadas por la élite política y medios de comunicación para incrementar la militancia partidista (Levendusky, 2013). A diferencia de raza, género u otra división social, no existen algún tipo de restricciones al momento de enfrentar a oponentes políticos (Iyengar & Westwood, 2015).

Justamente esta reciente ola de populismos hace de América Latina una región especialmente interesante para estudiar la polarización afectiva. Como ha reportado McCoy (2019), las transmisión a través del discurso de mensaje iliberales por líderes populistas fomenta la polarización y genera conductas tribales en la población. Es por tanto una posibilidad que se pueda estar instrumentalizando la polarización como mecanismo de movilización de las bases y la desafección del contrario (McCoy & Somer, 2019).

Datos y método

Mi objetivo principal es generar un índice que nos permita medir los niveles de polarización afectiva y comentar sobre una posible agenda de estudio de polarización afectiva y capital social en América Latina. Para llevarlo a cabo, analicé la encuesta del Comparative Study of Electoral Systems (CSES). Me centré en las 5 democracias de América Latina que integran las encuesta, excluyendo a Europa del Este y otras democracias no occidentales. Con la finalidad de enriquecer el análisis comparado, incorporé 4 países del sur de Europa, Estados Unidos y Canadá.

Para calcular el índice de polarización afectiva seguí la operacionalización propuesta por Reiljan (2020), Gidron et al. (2019) y Iyengar et al. (2019). Únicamente incorporé las respuestas de los encuestados que reportaron sentirse identificados con un partido. Aunque esto signifique dejar a una parte sustancial del electorado (aquellos que no se sienten identificado con ningún partido político, por ejemplo), como señala Reiljan (2020, p. 381), es inevitable puesto que los estudios sobre afección solo pueden medirse con relación a ciertos grupos y a no a la totalidad de la muestra.

Este índice está basado en la diferencia de las simpatías reportadas hacia el propio partido y hacia los partidos contrarios. Sin embargo, debido a que mi intención es adaptar este índice para América Latina, he añadido un contraste. Únicamente he tomado en cuenta el agrado-desagrado por los dos principales partidos, independientemente de su posición ideológica. Cabe mencionar que, en el menor de los casos, la suma de los porcentajes de votos entre los dos, correspondía al 70 por ciento de la distribución total de los votos, por lo que no debería comprometer la capacidad descriptiva del indicador.

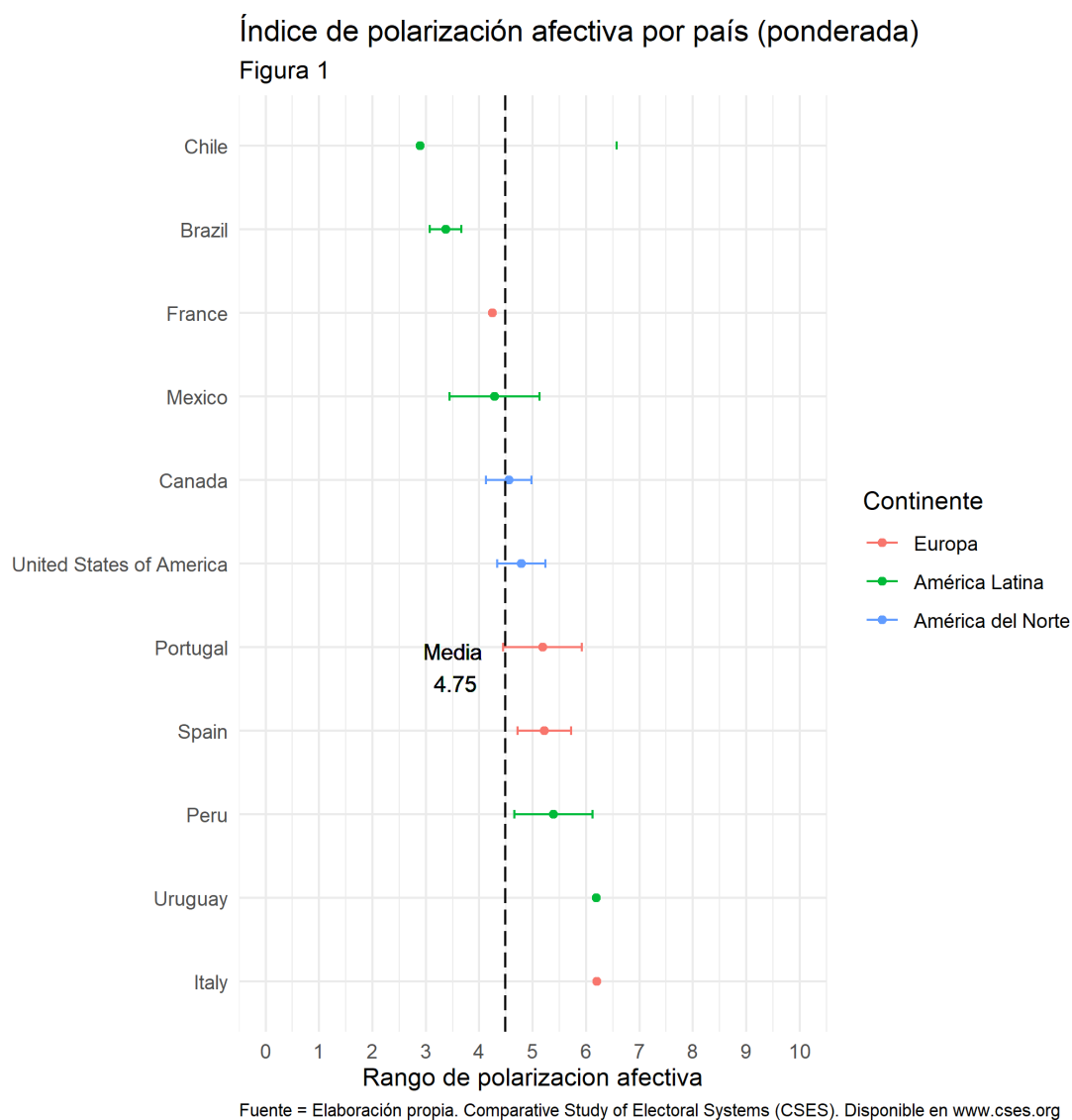
Esta decisión está explicada, principalmente, por los sistemas electorales en América Latina. A pesar de ser –mayoritariamente- países con sistemas multipartidistas, al ser sistemas presidencialistas, los gobiernos están conformados por un solo partido lo que facilita una dicotomía entre principal partido de gobierno vs. Principal partido de la oposición. Por otro lado, tenemos que tener en cuenta que la debilidad de las alineaciones partidistas en América Latina (Carreras et al., 2015), conducen a que los apoyos vayan, en la mayoría de los casos, hacia los dos primeros partidos hegemónicos del momento.

Un módulo común de todas las encuestas del CSES obtiene las calificaciones de los encuestados de los partidos políticos de su país con un 0-10, en escala de termómetro, donde los números más altos denotan evaluaciones más positivas. Estas escalas tipo “termómetro” son comúnmente utilizadas para medir la polarización afectiva en la política estadounidense (Iyengar & Westwood, 2015).

Para cada país/año electoral, calculé la valoración media en la escala de termómetro de los partidarios de los dos partidos más votados, sobre su propio partido y sobre el partido contrario y ponderé la media de simpatía por el tamaño relativo de estos partidos, es decir, por el porcentaje de votos que obtuvo cada partido en la última elección.

Discusión

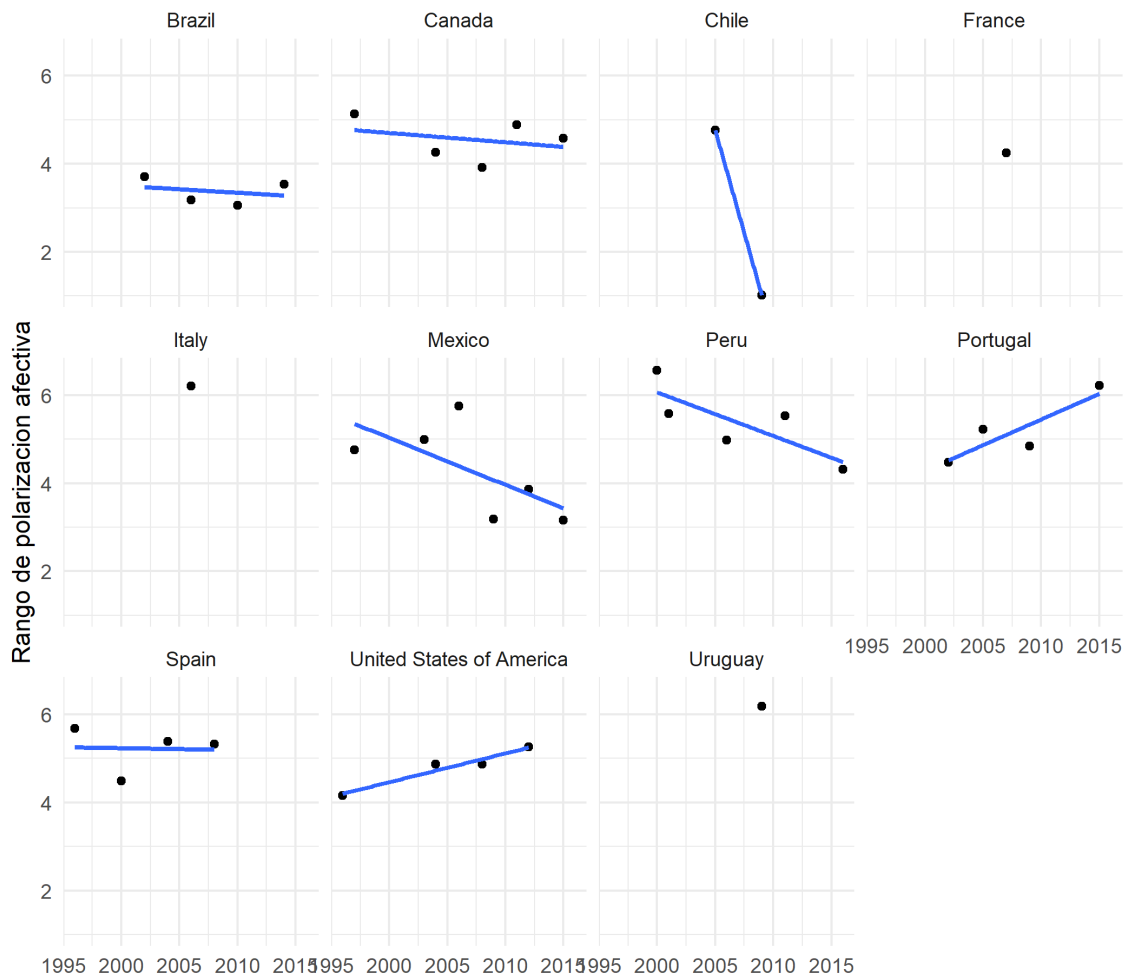
La **Figura 1** nos muestra la puntuación del índice de polarización afectiva para cada país con intervalos de confianza al 95%. Los resultados nos indican que los países del sur de Europa (Italia, España y Portugal) y los países Suramérica (Uruguay y Perú) son los que tienen la puntuación más alta de polarización afectiva de la muestra. Hay que destacar que estos países no solo se encuentran sobre la media de la media (4.75) de polarización afectiva, sino también tiene una mayor en el índice que Estados Unidos, el cual ha sido el centro de estudio de mucha de la literatura existente en polarización afectiva.



La **Figura 2** representa la trayectoria temporal de la polarización afectiva en cada uno de los once países que estudié. Cada gráfico representa una tendencia de tiempo lineal estimada y la línea azul muestra una línea de regresión lineal bivariada ajustada con polarización afectiva como variable dependiente y el año de la encuesta como variable independiente.

Evolución anual de polarización afectiva (ponderada)

Figura 2



Fuente = Elaboración propia. Comparative Study of Electoral Systems (CSES). Disponible en www.cses.org

Consistente con la evidencia existente (Iyengar et al., 2019; Rudolph & Hetherington, 2021), la Figura 1 muestra que la polarización afectiva creció rápidamente en los Estados Unidos durante el período de la muestra. La tendencia lineal muestra un efecto positivo y estadísticamente significativo de 0.06 puntos por cada unidad (año) que aumenta la variable independiente. Otros tres países, España, Canadá y Brasil, exhiben una menor tendencia. De los otros seis países restantes, tres (México, Chile, Perú) exhiben una tendencia más bien negativa. Por Uruguay, Francia e Italia, la muestra es insuficiente para mostrarnos una tendencia, sin embargo, llama la atención que tanto para Uruguay como para Italia tengan un índice tan alto en sus respectivos periodos de análisis.

Conclusiones

Hay nivel alto de polarización afectiva en América Latina y los países del sur de Europa, incluso mayor que en Estados Unidos. Es necesario revisar y desarrollar los instrumentos de medición de polarización afectiva fuera de contextos europeos o norteamericanos. Por una parte, la debilidad institucional y la decreciente identificación partidista en América Latina puede limitar la investigación, en tanto pueden existir otro tipo de clivajes más comunes que aglutinen y las fortalezcan identidades intragrupalas.

Por otro lado, es necesario profundizar en las causas que subyacen el origen y el auge de la polarización afectiva. Preguntarse que hace que un factor común entre Europa del sur y Suramérica sea los altos niveles de polarización afectiva. Si bien hay algunos acercamientos que apuntan a la exposición de información partidista o desigualdades económicas, gran parte de los estudios no se centran en América Latina

Como apuntan Druckman & Lewandusky (2013), mientras que los termómetros, las calificaciones de rasgos y Las medidas de confianza son actitudes generales sobre objetos amplios (es decir, partidos), es necesario estudiar las actitudes sobre conductas particulares (por ejemplo, su hijo se casa con alguien de otro partido).

Finalmente, se debería profundizar en la posibilidad de que líderes populistas estén utilizando la polarización afectiva como un instrumento. Por tanto, hay que poner el foco de la investigación más bien en la relación dinámica que tiene con las élites políticas (quienes producen la agenda y el acto comunicativo). la polarización y sus efectos perniciosos.

Bibliografía

- Ames, B., García-Sánchez, M., & Smith, A. E. (2012). Keeping Up with the Souzas: Social Influence and Electoral Change in a Weak Party System, Brazil 2002-2006. *Latin American Politics and Society*, 54(2), 51–78. <https://doi.org/10.1111/j.1548-2456.2012.00153.x>
- Barber, M. J., & McCarty, N. (2015). Causes and Consequences of Polarization. In N. Persily (Ed.), *Solutions to Political Polarization in America* (Vol. 160, pp. 15–58). <https://doi.org/10.1017/CBO9781316091906.002>
- Botella Corral, J. (1984). Elementos del sistema de partidos de la Cataluña actual. *Papers: Revista de Sociologia*. Retrieved from <http://ddd.uab.cat/pub/papers/02102862n21/02102862n21p27.pdf>
- Carreras, M., Morgenstern, S., & Su, Y. P. (2015). Refining the theory of partisan alignments: Evidence from Latin America. *Party Politics*, 21(5), 671–685. <https://doi.org/10.1177/1354068813491538>
- Esteban, J., & Ray, D. (1994). *On the measurement of polarization*.
- Esteban, J., & Ray, D. (1999). Conflict and Distribution. *Journal of Economic Theory*, 87(2), 379–415. <https://doi.org/10.1006/jeth.1999.2549>
- Esteban, J., & Ray, D. (2008). Polarization, Fractionalization and Conflict. *Journal of Peace Research*, 45(163). <https://doi.org/10.1177/0022343307087175>
- Fukuyama, F. (2018). *Identity: The demand for dignity and the politics of resentment*. Farrar, Straus and Giroux.
- Gidron, N., Adams, J., & Horne, W. (2019). Toward a Comparative Research Agenda on Affective Polarization in Mass Publics. *APSA-CP Newsletter*, 29(1), 30–36.
- Harteveld, E. (2021). Ticking all the boxes? A comparative study of social sorting and affective polarization. *Electoral Studies*, 72(April), 102337. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2021.102337>
- Hernández, E., Anduiza, E., & Rico, G. (2021). Affective polarization and the salience of elections. *Electoral Studies*, 69(August 2020). <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2020.102203>
- Hetherington, M. (2015). Why polarized trust matters. *Forum (Germany)*, 13(3), 445–458. <https://doi.org/10.1515/for-2015-0030>
- Hetherington, M., & Rudolph, T. J. (2014). The Emergence of Polarized Trust. *SSRN Electronic Journal*, 1–47. <https://doi.org/10.2139/ssrn.2484755>
- Inglehart, R. (2009). Postmaterialist Values and the Shift from Survival to Self-Expression Values. *The Oxford Handbook of Political Behavior*, 1–18. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199270125.003.0012>
- Iyengar, S., Lelkes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N., & Westwood, S. J. (2019). The

- Origins and Consequences of Affective Polarization in the United States. *Annual Review of Political Science*, 22(1), 129–146. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-051117-073034>
- Iyengar, S., & Westwood, S. J. (2015). Fear and Loathing across Party Lines: New Evidence on Group Polarization. *American Journal of Political Science*, 59(3), 690–707. <https://doi.org/10.1111/ajps.12152>
- Kalmoe, N. P., & Mason, L. (2019). *Lethal {Mass} {Partisanship}*: 41.
- Layton, M. L., Smith, A. E., Moseley, M. W., & Cohen, M. J. (2021). Demographic polarization and the rise of the far right: Brazil's 2018 presidential election. *Research and Politics*, 8(1). <https://doi.org/10.1177/2053168021990204>
- Levendusky, M. S. (2013). Why do partisan media polarize viewers? *American Journal of Political Science*, 57(3), 611–623. <https://doi.org/10.1111/ajps.12008>
- McCoy, J., & Somer, M. (2019). Toward a Theory of Pernicious Polarization and How It Harms Democracies: Comparative Evidence and Possible Remedies. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 681(1), 234–271. <https://doi.org/10.1177/0002716218818782>
- Montalvo, J., & Reynal-Querol, M. (2005). Ethnic polarization, potential conflict, and civil wars. *American Economic*. Retrieved from <http://pubs.aeaweb.org/doi/pdf/10.1257/0002828054201468>
- Nuesser, A., Johnston, R., Modet, M. A., & Bodet, M. A. (2014). The Dynamics of Polarization and Depolarization: Methodological Considerations and European Evidence. *Apsa*, (August).
- Reiljan, A. (2020). 'Fear and loathing across party lines' (also) in Europe: Affective polarisation in European party systems. *European Journal of Political Research*, 59(2), 376–396. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12351>
- Rudolph, T. J., & Hetherington, M. J. (2021). Affective Polarization in Political and Nonpolitical Settings. *International Journal of Public Opinion Research*. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edaa040>
- Tajfel, H., Turner, J. C., Austin, W. G., & Worchel, S. (1979). *An integrative theory of intergroup conflict*.
- Torcal, M., Santana, A., Carty, E., & Comellas, J. M. (2020). Political and affective polarisation in a democracy in crisis: The E-Dem panel survey dataset (Spain, 2018–2019). *Data in Brief*, 32, 106059. <https://doi.org/10.1016/j.dib.2020.106059>